

El príncipe real exclamó desde su asiento:

—Esta reunión ¿tiene acaso por objeto tratar de la acusación de estos jóvenes atolondrados contra el príncipe Coriolani?

A esta interpelación del heredero de la corona sucedió un largo silencio.

El rey lo rompió.

—Príncipe—dijo,—en esta reunión como en cualquiera otra, el deber del rey es velar por la seguridad del trono. ¡Que se acerquen esos jóvenes señores!

Y mientras los conjurados de ayer penetraban por entre la muchedumbre, el rey repuso:

—Señores, creo estar rodeado aquí de amigos fieles.

Una ruidosa exclamación le interrumpió.

El rey hizo señal de dar las gracias y añadió:

—Señores, en nuestros Estados se ha organizado una vasta conspiración contra nuestra persona y nuestro gobierno. No me interrumpáis, creo en vuestra adhesión y lealtad. Esta reunión convocada al principio para rehabilitar el nombre de Monteleone, tiene ahora otro carácter. Los herederos legítimos del difunto, si es que existen, recobrarán sus bienes y su rango, pero es necesario que se haga justicia. Antes que nadie salga de este palacio, los traidores serán descubiertos y castigados.

Esta declaración pronunciada en acento firme y elevado produjo el silencio del estupor.

Las princesas se quedaron como si hubiesen oído estallar el rayo.

El príncipe Fulvio Coriolani estaba solo; parecía de mármol.

En aquel instante y en medio del silencio, un hombre á quien la princesa de Salerno no conocía, tuvo la audacia de tocarla en la espalda.

—Alteza—le dijo en voz baja,—se trata de un

asunto de vida ó muerte. Si este billete no llega á su dirección, tendréis que acusaros de la muerte de un hombre.

La princesa se volvió.

El desconocido se perdía ya en los grupos vecinos.

Sobre las rodillas de la princesa había un papel dirigido al príncipe Fulvio Coriolani.

Las mujeres son siempre fieles y valerosas en sus simpatías.

La princesa, pálida de emoción, se levantó, cruzó con paso firme el espacio que la separaba de Fulvio, y fingiendo darle la mano, le entregó el billete.

El rey frunció severamente las cejas.

La princesa volvió á su puesto ruborizada.

Este era otro de los hilos de la pérfida trama urdida contra Fulvio Coriolani, y la princesa de Salerno acababa de hacerse cómplice, sin saberlo, de los enemigos de su favorito.

—¡Señor!—exclamó Piccolomini,—se acaba de abusar á la vista misma de V. M. de la compasión de la noble princesa. Se ha entregado un billete al acusado.

—¡Al acusado!—repitieron cien voces conmovidas.

Angélica Doria estaba lívida.

Las recientes revelaciones de Fulvio se levantaron en su memoria como otros tantos fantasmas amenazadores.

Piccolomini acababa de pronunciar, sin saberlo ó con premeditación, la verdadera palabra que revelaba la situación.

Allí había un tribunal

Y Fulvio Coriolani era el acusado.

Este volvió los ojos con desdén y calma hacia Piccolomini. El rey, habiendo fijado la vista sobre él en este momento, la retiró de repente como

si hubiese temido ser deslumbrado ó conmovido.

Fulvio tenía ostensiblemente en la mano el billete sin abrirle.

Luego puso la mano sobre su corazón y dirigió á la princesa de Salerno un saludo de reconocimiento y respeto.

De la misma ojeada abrazó á Angélica y Nina.

Angélica estaba rendida, muerta; Nina Dolci con frente altiva, mirada ardiente, y tan bella que su rostro parecía resplandecer.

El marqués de Malatesta y seis de sus compañeros, se hallaban en la barra. Según costumbre, su aspecto era insolente, y oyóse á Sampieri que decía al mayor Baumgarten:

—Hoy no estáis aquí por nosotros.

El rey señaló con el dedo el billete entregado á Fulvio.

Baumgarten se adelantó é hizo un saludo: era un soldado.

—Príncipe—le dijo,—cumpla con mi deber.

Fulvio le entregó el papel sin haberle abierto.

—¡Con una carta se pierde á un hombre, señor! —murmuró;—el favor de S. M. me había creado muchos enemigos.

Una voz que venía del lado de las princesas exclamó en alta voz:

—¡Valor! aun no estáis condenado.

Los ujieres reclamaron silencio.

El príncipe real y el de Salerno se hallaban ahora detrás del rey.

Este abrió el billete. Sus dos hijos se inclinaron con curiosidad sobre sus hombros. El billete sólo contenía una línea escrita con caracteres misteriosos:

IL<sup>3</sup>NA<sup>5</sup>M<sup>2</sup> I<sup>2</sup>OI<sup>2</sup>M<sup>2</sup> DI<sup>2</sup>A<sup>4</sup>CA<sup>5</sup>: A<sup>2</sup>A<sup>5</sup>A<sup>5</sup>I<sup>2</sup>PI

Los dos príncipes de Borbón mirábanse sorprendidos.

El rey se volvió hacia ellos:

—Hemos sido audazmente engañados—les dijo. Juego buscando un papel de encima de la mesa, le alargó á sus hijos, añadiendo:

—¡Traducid!

Este papel era la clave del alfabeto del Silencio, la misma que Manuel Giudicelli entregara la noche precedente al señor Johann Spurzeim.

El príncipe de Salerno leyó después de algunos segundos de trabajo mental:

«¡Estáis perdido, huíd!»

Francisco de Borbón observó lo siguiente:

—Un aviso semejante, en un lugar donde la huida es materialmente imposible, no puede venir de los caballeros del Silencio, tan hábiles y prudentes.

—¿Viene, pues, de mí?—exclamó el anciano rey con acritud.

Luego se volvió refunfuñando:

—Todos estáis prevenidos. ¿No lo he estado yo mismo? Pero á Dios gracias, he abierto los ojos, y se hará justicia.

Y á una señal suya, Malatesta se separó de sus compañeros.

—Señor—dijo poniendo una rodilla en la grada más alta del estrado;—ayer acusé delante de Su Majestad á Coriolani de haber robado su nombre. Aunque decía verdad ignoraba hasta dónde quería llevar su audacia. De ayer á hoy han sucedido muchas cosas. El primer golpe descargado infunde valor á los tímidos. La luz ha venido á visitarme en el fondo de mi prisión. Lo que ayer el instinto de mi odio me hacía sólo sospechar, hoy lo sé con toda certeza: este hombre es el jefe superior de los tercios carbonari (caballeros del Silencio).

El murmullo que se elevó fué de sorpresa, no de reprobación.

—¿Tenéis algo que responder?—preguntó el rey dirigiéndose á Fulvio.

—Todavía no, señor—replicó éste.

A su vez se separó Sampieri y presentóse ante las gradas del estrado.

—Nosotros sabemos por qué este hombre guarda un ademán tan altivo delante de sus jueces. Las «logias» están prevenidas y armadas. Este hombre cuenta con una revolución general del pueblo de Nápoles excitado por los traidores carbonarios.

En los labios de Fulvio apareció una sonrisa.

—Si yo quisiera...—murmuró.

Pero se cruzó de brazos sin acabar la frase.

—¡Proseguid!—ordenó el rey dirigiéndose á Malatesta y sus compañeros.

Sampieri respondió:

—Señor, este hombre os devolvió ayer á vuestra pura y noble hija adoptiva. Hénos aquí á vuestros pies siete jóvenes de la más alta nobleza. Nuestro honor exige que os digamos por qué un odio común nos ha reunido contra un solo aventurero. Malatesta os habló ayer de su hermana, yo, Domenico Sampieri, debía casarme con Blanca Barberini.

—Yo, Pietro María Colónna, con Francisca Pisani.

—Yo, Andrea Pitti, adoraba á Preciosa Balbi.

—Yo, Vicente Marescalchi, idolatraba á Juana Pallanti de los príncipes Paleólogos.

—Yo, Vespucio Doria, amaba á Isabel Doria de Angri y era correspondido.

Otros pronunciaron diferentes nombres.

Y los siete extendiendo la mano hacia Fulvio, erguido y firme como una roca, exclamaron:

—Este hombre es el mismo demonio: robó á Blanca Barberini, Francisca Pisani, la Paleóloga,

la Doria de Angri, la Balbi... ¡este hombre es el bandido Porporato!

A estas palabras contestó un grito inmenso.

Las princesas se estremecieron, pero ¡cuántos ojos bellos no se abrieron con avidez!

La princesa de Salerno fijó una mirada en Angélica Doria. Parecía de piedra. Sus ojos, fijos y abiertos, no revelaban la menor expresión.

Los dos hijos del rey, se habían sentado detrás de S. M.

—¿Tenéis algo que responder?—preguntó por segunda vez Fernando de Borbón.

—Todavía no—profirió distintamente Fulvio.

—¡Proseguid!—ordenó el rey.

—Paso á las pruebas—repuso Domenico Sampieri que era el orador de la compañía,—á las pruebas de lo que dije ayer; esto es, que este hombre penetró en Castello-Vecchio por las azoteas de las casas vecinas, y que hizo desaparecer á su cómplice el barón de Altamonte, cuyas revelaciones temía. Bajo los guantes de sus manos existen dos pruebas.

Fulvio Coriolani se estremeció imperceptiblemente.

Nina recibió una impresión más violenta.

La mirada del rey fué una orden.

El príncipe Fulvio se quitó lentamente los guantes.

—¡La sortija de los maestros del Silencio!—exclamó Sampieri al ver su mano derecha.

—La sortija de mi padre—replicó Fulvio sin perder su serenidad;—la sortija del santo Mario Monteleone, maestro de los caballeros del carbón y del hierro.

—Esto es verdad—dijo Francisco de Borbón al oído de su padre;—nosotros ya lo sabíamos.

Este fué el último esfuerzo intentado á favor de Coriolani.

El rey se volvió á su hijo y le dijo:

—¡Lo ignoráis todo; callaos y esperad!

Luego añadió:

—¡La otra mano!

En esta, blanca y fina como una mano de mujer, había una cicatriz reciente, una quemadura.

Malatesta y sus compañeros lanzaron un grito de triunfo.

Antes de esto seguramente el rey estaba aún dudoso, porque preguntó con aire más severo:

—¿De qué os proviene esta cicatriz?

—Señor, quise salvar á dos pobres niños moribundos... No acostumbro á alabarme de las buenas acciones que puedo cumplir, pero la necesidad...

Esta réplica fué pronunciada en un acento tan libre, tan decoroso, tan tranquilo, que el príncipe Coriolani parecía empeñado en una de esas conversaciones frívolas en que los hábiles del mundo compiten en gracia y finura.

Pero Domenico Sampieri exclamó:

—¡Lo que es el dedo de Dios! El impostor ha salvado á pesar suyo esos dos nobles niños que quería despojar de su herencia.

Aquellos de nuestros lectores que han seguido la narración atentamente, se habrán preguntado qué necesidad había de la arenga enfática de Pedro Falcone en el jardín de la quinta Floridiana.

Las líneas que siguen van á responder á esta pregunta.

Pedro Falcone había sido el zapador que abre el camino por donde ha de pasar un ejército. Gracias á su intervención, Sampieri encontraba ahora oyentes que le entendían á media palabra.

Así luego que hubo hablado de los herederos de Monteleone, el marquésito de Zanone y sus

oyentes redoblaron su atención como privilegiados que han gozado las primicias de una noticia importante.

—Señor—repuso Sampieri con voz grave y asentando el pie sobre la primera grada del estrado; —V. M. tendrá la satisfacción de rehabilitar á los herederos del gran conde Monteleone. La noche última el conde Julián y la condesa Celestina que habitan en una pobre vivienda de la casa de los Folquieri, creyéndose abandonados por Manuel Giudicelli su único protector, atentaron contra su vida tratando de asfixiarse.

En la hora misma en que este hombre, instrumento de una asociación criminal, escalaba la casa de los Folquieri para penetrar hasta la prisión de su cómplice, los dos pobres huérfanos, solos y desesperados, encendían el brasero fatal que ha dejado una marca indeleble en la mano del príncipe Coriolani. Algunos minutos después cundió la alarma, y el malhechor, perseguido por la guarnición de Castello-Vecchio, huía á lo largo de las galerías. Halla una ventana mal cerrada, la empuja, cede... y violando aquel asilo en interés de su salvación, hace penetrar el aire que da vida. Luego huye, pero ha resucitado á sus víctimas. Se ha salvado dejando tras de sí las huellas de su paso. La justicia humana le sigue de hoy más la pista... ¡ay de él! ¡su hora ha llegado!

El príncipe Fulvio Coriolani, impasible hasta entonces, dejó vagar en sus labios una sonrisa de desdén.

Sería difícil precisar los sentimientos que agitaban á la reunión. Si sobrevivían algunas simpatías en favor del acusado, estaban ocultas. Este se abandonaba á su suerte y no se defendía.

Las princesas y los dos hijos del rey guardaban ahora el más profundo silencio.

Angélica Doria ocultaba su cabeza en el seno de la princesa de Salerno.

Nina Dolci, de pie, con la mirada viva, parecía aguardar la explosión de una mina invisible.

El rey hizo una señal, y la puerta por donde había sido introducido Malatesta y sus compañeros, se abrió de nuevo.

Pedro Falcone que estaba cerca del conde Loredano Doria, se inclinó á su oído.

—Señor—le dijo en voz baja,—atended á lo que va á pasar.

Volvióse Loredano, midióle de arriba abajo y respondió:

—No os conozco.

—¿Qué importa el origen con tal que el aviso sea bueno?—replicó Pedro Falcone;—mirad esa puerta y en seguida á nuestra hermana la condesa.

En el umbral de dicha puerta aparecieron sucesivamente el teniente Frazer de la guardia suiza, un adolescente á quien nadie conocía, y una mujer enlutada cuyo rostro desaparecía bajo un espeso velo.

Sampieri y Malatesta habían retrocedido dejando un ancho espacio.

El teniente Frazer se adelantó antes que nadie, declarando que conocía al príncipe Fulvio Coriolani por haberle detenido la víspera precedente, vestido con una sotana de seminarista, en la puerta exterior de la casa de los Folquieri.

El príncipe Fulvio no protestó.

Pero se estremeció vivamente. El ujier acababa de anunciar en alta voz:

—¡El conde Julián Monteleone!

Efectuóse un movimiento general de curiosidad, en el cual se perdió un grito de angustia lanzado por Angélica.

Sólo dos personas oyeron este grito, aparte de

la princesa de Salerno que tenía á la joven en sus brazos.

Estas dos personas eran Nina Dolci y el conde Loredano.

Nina sonrió con amarga ira.

El conde Loredano se levantó á medias.

La mirada de Fulvio, tranquila y dulce, se fijó en aquel joven que se adelantaba con la frente pálida.

Al llegar delante de él, Julián se detuvo y levantó la vista.

Sus ojos revelaban un odio feroz.

Puso á los pies del rey la bolsa bordada de perlas en que se leía el nombre del príncipe Coriolani.

Fernando de Borbón preguntó:

—¿Conocéis esa bolsa?

—La conozco, señor—respondió Fulvio.

—¿Os pertenece?

—Señor—contestó Coriolani,—una augusta princesa me hizo de ella un don delante de S. M.

—Conde, sentaos—ordenó el rey dirigiéndose á Julián.

Julián se inclinó, pero en lugar de obedecer, dió vuelta al estrado y fué á tocar con el dedo la espalda de Loredano Doria.

—Vos que sois tan valiente para robar doncellas—le dijo con los dientes cerrados,—¿qué habéis hecho de mi hermana?

Loredano le miró estupefacto.

Pedro Falcone ya no estaba allí.

—¡Ya nos veremos, conde Doria!—replicó Julián con aire sombrío.

Y volvió las espaldas

El ujier pronunció con voz sonora:

—¡María de los Amalfi, condesa viuda de Monteleone!

La mujer vestida de luto y cubierta con un velo se adelantó hasta el pie del estrado.

El rey se levantó.

María de los Amalfi, echando su velo atrás, dirigió su primera mirada á Fulvio, é hizo un movimiento como para ir á abrazarle.

Este tendió los brazos, y todos pudieron notar que sus ojos rebotaban de lágrimas.

En aquel momento en que nadie parecía respirar, porque era evidente que en el alma de aquella mujer tenía lugar un violento combate; en aquel momento en que el rey pálido y profundamente conmovido estaba suspenso, y en que toda la corte se había levantado con un movimiento espontáneo, esperando alguna misteriosa peripecia, Falcone apareció precedido de dos hombres que llevaban una camilla cubierta con una sábana.

Fuese á colocar entre el rey y María de los Amalfi.

Y levantando la sábana con brusco movimiento, descubrió el cadáver de un anciano de barba cana.

A esta aparición Fulvio tembló y palideció.

Un grito de horror se escapó á la vez de todos los pechos.

Julián, penetrando por entre la muchedumbre, se arrojó desesperado sobre el cadáver exclamando:

—¡Padre mío! ¡mi pobre padre Manuel!

—Yo Pedro Falcone, médico del rey—dijo el siciliano con voz clara y firme,—declaro que he encontrado veneno en el cuerpo de este hombre hallado en el palacio del príncipe Fulvio Coriolani.

—¡Luego es verdad!—tartamudeó María de los Amalfi traspasada de dolor;—luego todas estas cosas terribles son verdad!

Su mirada quemaba.

—¡Cumpliré con mi deber!—dijo de repente.

En seguida añadió extendiendo la mano para señalar á Fulvio:

—Este es el asesino de Mario Monteleone.

Era su último esfuerzo.

Y cayó como muerta, en tanto que Julián dejando el cadáver de Manuel, se dirigía á ella gritando:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

## El arpa

El final de la escena que precede había sido rápido como el pensamiento.

Todo el mundo estaba de pie, incluso el rey.

Julián estrechaba á su madre inanimada contra su corazón.

Fulvio, inmóvil, les miraba sin despegar los labios. Pero su fisonomía revelaba un dolor inmenso.

Falcone había vuelto á cubrir con la sábana el cuerpo de Manuel.

Después de pasado el primer momento de estupor general, todos pudieron notar que se había verificado un cambio en la sala. Una doble fila de guardias suizos armados rodeaban á los asistentes.

Delante del estrado se colocaron seis oficiales espada en mano.

Evidentemente se acercaba el desenlace. A lo menos todo lo anunciaba.

Y sin embargo, era tal el prestigio que rodeaba á Fulvio Coriolani y tal el alucinamiento enlazado al nombre de Porporato, que se esperaba vagamente alguna nueva sorpresa.